

## QUERID@S CIUDADAN@S

*«Reconocemos que los Estados son los principales responsables de lograr estos objetivos. Reconocemos también que los Estados no pueden lograrlos por sí solos. La comunidad internacional, las Naciones Unidas, las instituciones financieras internacionales, todas las organizaciones regionales y autoridades locales y todos los integrantes de la sociedad civil deben contribuir positivamente con sus propios esfuerzos y recursos a fin de eliminar las inequidades entre las personas y reducir la brecha entre los países desarrollados y los países en desarrollo en un empeño mundial por reducir las tensiones sociales y lograr un mayor grado de estabilidad y seguridad social y económica... Invitamos a todos a expresar su determinación personal de mejorar la condición humana adoptando medidas concretas en su respectivo ámbito de actividad y asumiendo responsabilidades cívicas concretas.»*

### DECLARACIÓN DE COPENHAGE SOBRE DESARROLLO SOCIAL

*Se ha dicho que la «Cumbre Social» fue originalmente «un encuentro sin dueño», en comparación a otras grandes reuniones internacionales de los años 90 que motivaron a movimientos sociales y grupos ciudadanos con intereses específicos (niñez, medio ambiente, derechos humanos, población, mujer, habitat) a involucrarse en su preparación, desarrollo y en la vigilancia de la ejecución de sus resultados.*

*Es cierto que la idea de la Cumbre Social es más bien producto de un análisis político de la realidad estructural a nivel global que de una sostenida campaña internacional. No surge de un sector en particular de la sociedad civil, no es producto de una lucha de años, no es una idea que hace tiempo rondaba y no se lograba concretar. Era simplemente una necesidad evidente.*

*La Cumbre emerge casi sigilosamente dentro del proceso intergubernamental. Chile –retornado a la democracia bajo el Presidente Aylwin– lo propone en el Comité Social del ECOSOC en 1991 y luego de las normales peripecias del sistema multilateral queda convocada por la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1992. Un tiempo casi relámpago dada la lentitud institucional de la organización mundial.*

*La rapidez de la operación tomó a muchos gobiernos y actores de la sociedad civil por sorpresa y así surge la imagen de una Cumbre “sin bases”. Sin embargo ello dura poco y muy pronto los líderes más visionarios de la sociedad civil discernen el potencial político y de movilización popular de la Cumbre Social que culminó con la presencia de casi 20.000 representantes del mundo no gubernamental en Copenhague. Ahí se ratificó la decisión de constituirse en los fiscalizadores de la ejecución de los compromisos de la Cumbre.*

*No se desarrolló, sin embargo, por parte de ningún grupo un sentido de propiedad sectorial característico de las otras conferencias especializadas sino más bien un sentido de propiedad compartida en donde todas las dimensiones tenían su espacio.*

*Su convocatoria es vista como un proceso nuevo, diferente, que atrae a los grandes actores de la sociedad civil que fueron centrales en la realización de las otras Conferencias Cumbres. Con el movimiento de mujeres a la cabeza se va plasmando el potencial integrador de la Cumbre Social y queda en claro que Copenhague será ocasión para ratificar lo ya logrado e impulsar nuevos compromisos de los gobiernos al más alto nivel político (seguridad de las personas, erradicación de la pobreza, humanización de las políticas de ajuste estructural, aceptación del principio que la deuda pública de Africa debe cancelarse, entre otros).*

*Al reunirse en Copenhague durante la Cumbre Mundial del Desarrollo Social, los jefes de Estado y de gobierno del mundo declararon haberse congregado a instancias de la opinión pública de sus países que colocó en la agenda internacional los temas de la pobreza, el desempleo y la desintegración social. No podía ser «huérfana» una reunión que trataba los temas sociales más candentes de este fin de milenio.*

*Los responsables políticos del mundo reconocieron en Copenhague que las fuerzas de sus gobiernos, incluso sumadas en torno a los objetivos por todos acordados, no resultaban suficientes para poner en práctica la meta de erradicar la pobreza. Y constataron que tampoco los mecanismos del mercado por sí solos funcionarían espontáneamente hacia estas metas. Es necesaria, dijeron, la participación de la sociedad civil, este tercer sector, no organizado en torno a los Estados ni la búsqueda del lucro.*

*Las personas a quienes la Declaración de Copenhague se compromete a beneficiar, la gente que vive en pobreza, los desempleados, los marginalizados por discapacidad, enfermedad, edad, género o discriminación étnica son la mayoría de la humanidad. No le faltan dueños al proceso iniciado en la Cumbre Social. Lo que sí ocurre es que los pobres, los desempleados, los excluidos son precisamente*

quienes más dificultades tienen en hacer escuchar sus voces. Es necesario aún que estas mayorías se «adueñen» de los diez ambiciosos compromisos enunciados en la capital de Dinamarca y presionen para que la letra de los documentos se transforme en realidad política.

Centenares de miles de organizaciones de todo tipo movilizan a diario en todo el mundo la solidaridad de millones de personas con los más débiles. Ello ocurre desde las grandes organizaciones filantrópicas internacionales hasta los pequeños grupos vecinales de autoayuda y las redes de solidaridad, a menudo informales e «invisibles» pero no por ello menos efectivas para quienes viven en la pobreza. Algunas son de creación reciente, otras tienen historias de más de un siglo, como los sindicatos, en muchos casos la práctica del amor al prójimo se expresa según tradiciones milenarias, indisolublemente ligadas a la cultura y raíces de todas las civilizaciones.

Lo que la Cumbre Social aportó de nuevo, en un mundo que se globaliza aceleradamente, es el concepto de que la pobreza ya no es política ni éticamente aceptable, cuando se sabe que existen en el planeta los recursos para erradicarla y que, sin dejar de ser responsabilidad de cada sociedad y de cada Estado, estos temas competen al sistema internacional en su conjunto. Es más, junto al mantenimiento de la paz, son la propia razón de ser del sistema internacional. Sin equidad no hay estabilidad. Sin igualdad de oportunidades no hay legitimidad de resultados.

Entre las promesas optimistas de mercados en expansión y tecnologías en desarrollo vertiginoso y las realidades inocultables de desigualdades evidentes está la toma de decisiones cotidiana de cada gobernante, cada ejecutivo, consumidor y ciudadano o ciudadana. No basta con aceptar que las organizaciones solidarias puedan actuar y se las estimule; no es suficiente con invitarlas a participar en los planes de los gobiernos y los organismos internacionales. Es necesario que éstas puedan interpelar a quienes toman a todo nivel las decisiones. Es así que nace o se fortalece la voluntad política de implementar los compromisos.

Al acercarnos al siglo XXI, la democracia contemporánea requiere de una nueva noción de fiscalización. Los «fiscalizables» no son sólo las autoridades públicas, sino todos aquellos que en ámbito gubernamental o privado ejercen poder e influencia sobre una sociedad. Por otra parte, a la visión clásica de la función fiscalizadora de los parlamentos sobre el gobierno hay que agregar en múltiples instancias la tarea fiscalizadora que puedan ejercer diversas expresiones de la sociedad civil organizada.

Más aún, cuando se observa un creciente traslado de poder desde lo público a lo privado –se requiere desarrollar al mismo tiempo, nuevos mecanismos de supervigilancia que respondan a esta nueva situación.

Es en este contexto que emerge la importancia crucial del ciudadano como depositario inicial, y primario, de la soberanía popular. En los próximos años veremos aparecer cada vez con más fuerza organizaciones ciudadanas voluntarias que al asumir tareas fiscalizadoras de interés común frente al poder público o privado, recibirán también la legitimidad de plantear preguntas y demandas representativas de los deseos de la mayoría ciudadana.

Así, ya estaremos viendo a alcaldes y concejales que discuten planes de inversión y sus efectos sobre la comuna con empresas privadas; instancias de consumidores que se concentran en los problemas de calidad, precio y relevancia de los productos en el mercado y organizaciones de médicos que tratan de orientar con un sentido más social la investigación y desarrollo de las empresas farmacéuticas.

El informe de «Control Ciudadano» es uno de los mecanismos para esta interpelación. Complementa con el testimonio, la reflexión y la crítica, la práctica sobre el terreno de las organizaciones que a través de él se expresan. En momentos en que los índices de crecimiento, rentabilidad o competitividad llegan diariamente a las primeras planas, un «índice de compromisos cumplidos» por los gobiernos y los otros actores relevantes es una contribución saludable, sobre todo cuando éste se ha diseñado para premiar el esfuerzo más que para mostrar la prosperidad alcanzada, muchas veces como resultado de injusticias históricas que la democracia contemporánea debe ser capaz de revertir.

En el año 2000 los gobiernos volverán a reunirse para evaluar lo actuado desde Copenhague y acordar nuevas iniciativas. La Asamblea General de las Naciones Unidas ha decidido recientemente que esta evaluación tendrá un proceso especial a través de la Comisión de Desarrollo social y un Comité Preparatorio de nivel político. Ha sido la forma en que los gobiernos reiteraron su compromiso con los temas de la Cumbre Social. Sabemos desde ya, en consecuencia, que esa será una ocasión en que nuevamente a un alto nivel político se coloque el ser humano y sus necesidades en el corazón del debate internacional. Estas instancias formales abren nuevas oportunidades a la participación de las organizaciones ciudadanas y voces como las que se expresan en este informe podrán ser oídas y ejercer influencia a partir de su experiencia, su práctica y su conocimiento de la realidad que Control Ciudadano da a conocer.

La capacidad de la sociedad civil para ejercer un control ciudadano se funda en ciertas experiencias adquiridas: no hay sustituto a la organización, la movilización, la conciencia ciudadana y, en definitiva, el compromiso individual.

Y así nos aproximamos al punto de partida y al punto de llegada, todo depende de nuestra voluntad personal, de nuestra convicción íntima, de nuestro compromiso con el bien común, de nuestra audacia creativa, de nuestra falta de temor ante lo que parece imposible y sobre todo de nuestra decisión de enarbolar con orgullo los valores e ideales que nos inspiran sin claudicar frente a los cínicos del conformismo o del poder imperante.

Por todo lo dicho es que veo con esperanza e ilusión la tarea que Control Ciudadano tiene por delante.



Juan Somavía •  
Ciudadano